



Fiona Higgins

El club
de las
madres novatas

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA





«Las madres están de acuerdo en que los años vuelan, sí. Lo que no vuela son los días. A veces las horas y los minutos de un solo día se paran bruscamente. Y una madre se encuentra en medio de una habitación haciéndose preguntas. Haciéndose preguntas. Los años vuelan. Por supuesto. Pero a una madre se le puede atragantar un día.»

JAIN SHERRARD





Ginie

Estaba desnuda en la duna, con la arena mojada en la piel. A través de la bruma marina, deshecha en lánguidas volutas sobre la playa, se llamaban las parejas de gaviotas, volando en círculos.

El olor de algas en putrefacción resultaba molesto mientras la lengua y las manos de él se deslizaban por su cuerpo.

Bajó la vista y lo vio más allá de su vientre desnudo.

«Déjate llevar –dijo él–. Déjate llevar.»

Ella arqueó la espalda al tiempo que apretaba en sus puños miles de granos de arena...

Un golpe brusco en la puerta sobresaltó a Ginie y le hizo abrir los ojos. Parpadeó al tomar conciencia de dónde estaba. En el sofá. En el salón. Junto a Rose. El sueño se alejó a gran velocidad, sumiéndola en la decepción. Se sentía engañada.

El sexo se había convertido en algo del pasado, como otros placeres tan simples como dormir hasta tarde los domingos y ducharse sin interrupciones. La llegada de Rose había significado la brusca desaparición del apetito sexual. Cerró de nuevo los ojos y se preguntó si alguna vez lo recuperaría. Aquel delicioso abandono sexual con Daniel, un grado de intimidad que nunca había conocido...

Volvieron a llamar con más insistencia.

Que estoy cansada, joder, pensó. Vete.

Echó un vistazo a Rose: un paquetito rosa en un moisés a la antigua, regalo nostálgico de su abuela. No se había inmutado por los golpes. Una vez que se dormía, no la despertaba casi nada.





Quizá, pensó Ginie, si me quedo como estoy y no hago ruido, se marchen...

Contempló el moderno candelabro colgado encima de ella, que reflejaba la luz de la mañana en sus cuentas de cristal. ¿Qué hora era? No podía haber dormido mucho tiempo. Aún tenía el portátil sobre las rodillas, con el cursor parpadeando en un mensaje escrito a medias.

Hacía cinco semanas que había salido del hospital y Rose lo estaba haciendo todo bien. Tomaba biberón, se acostumbraba bien al nuevo entorno y, para ser recién nacida, dormía de maravilla. Un bebé de manual, decía la madre de Ginie. Qué narices iba a saber ella.

Al pensar en su madre sintió la rabia de siempre. Intentó tranquilizarse respirando profundamente.

Su *coach*, de tendencias budistas, que le había enseñado a tener una «conciencia atenta», la dirigía a observar su rabia como si no fuera con ella. Al parecer formaba parte del proceso de asimilar la ausencia de su madre durante la niñez. Si su madre hubiera estado enferma, o muerta, habría sido más fácil de entender, pero no, era directora de una escuela primaria y había consagrado su vida a la educación, trabajando como una esclava tanto en épocas lectivas como en vacaciones para que miles de niños cosecharan los frutos de su dedicación. Niños de otras madres, había pensado Ginie algunas veces.

Cuando su madre no trabajaba, siempre parecía más ocupada con sus otros hijos. Ginie recordaba los fines de semana en los partidos de fútbol de su hermano mayor, con su madre ronca de tanto animarlo, o sentada a su lado en las consultas de un sinnúmero de especialistas, desde cirujanos ortopédicos a psicólogos ocupacionales, hablando de los problemas médicos de su hermana pequeña. «Nació con displasia de cadera —le explicaba su madre a todo el mundo—. Tiene una pierna más larga que la otra.» Ginie era la del medio, la responsable, la obediente, la sensata, eterna ganadora del Oscar a la mejor actriz secundaria en las películas de sus hermanos.





De todos modos, daba igual. Al pensar en su presente, Ginie tenía una cosa muy clara: que era mucho mejor que el de sus hermanos. Ahora le tocaba a ella.

Exhaló, confortada por este pensamiento.

Los golpes a la puerta se hicieron más fuertes.

Volvió a mirar a Rose con la seguridad de que se despertaría por el ruido.

Detrás de las vidrieras opacas de la puerta principal se dibujaban dos siluetas. En su iPhone parpadeaba impaciente una alerta: «Daniel (móvil)». Otra vez su marido.

«He quedado en que vayan a pintar el cuarto de la niña. Están fuera, esperando.»

Ginie puso los ojos en blanco. Es imbécil perdido.

Desde que sabían que estaba embarazada le había pedido muchas veces que pintase el cuarto de la niña. Ella estaba hasta arriba de trabajo con el traspaso que implicaba la baja maternal. Como abogada de mayor rango dentro de la empresa, ganaba un sueldo sustancioso que les permitía que Daniel se dedicara a sus actividades de escritor y fotógrafo. Casi siempre infructuosas.

—Estoy cansada —se había quejado Ginie al octavo mes de embarazo—. Necesito que le des otra mano de pintura al cuarto, de verdad. Por favor, Daniel.

—Tranquila, que ya lo pintaré. —Siempre la misma respuesta.

Luego había nacido la niña, con un mes de antelación, y a Daniel se le había acabado el tiempo.

Tras releer el mensaje, Ginie tiró el teléfono a la mesa de centro.

¿Rabia?, pensó. Lo que estoy es muy cabreada.

Rose se movió un poco en el moisés. Por el forro de muselina apareció un bracito y toda la rabia de Ginie se esfumó de golpe. Estaba enamorada de Rose desde el mismo momento en que la habían sacado de su cuerpo, cubierta de vérnix, y la había visto retorcerse. Se sorprendió de la profunda ternura que despertaba en ella aquel ser tan pequeño y misterioso.





Se quedó un momento fascinada con el gesto de su hija, que movía en el aire los dedos de su frágil mano. Aquellos dedos indecisos eran tan pequeños como las uñas de Ginie. Mi hija. Sacudió la cabeza con asombro. Con lo abstracto que parecía el concepto hasta hacía pocos meses... Y ahora era madre de aquel ser vivo, blando, lechoso, dotado de su propio aliento.

Seguían llamando. Era imposible seguir fingiendo que no lo oía.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera e hizo el esfuerzo de bajar del sofá. Faltaba poco para la primera sesión del grupo de madres. Hacía una semana que le habían mandado un recordatorio del centro de salud infantil del barrio, pero lo había ignorado. No se imaginaba nada peor que sentarse a comer galletas y hablar de bebés con un grupo de desconocidas. En cambio, ahora, con el aporreo de la puerta, asistir a un encuentro de madres le parecía una buena alternativa al plan de ver cómo se secaba la pintura.

Abrió la puerta y acompañó a los pintores al cuarto de la niña, en el más bajo de los dos niveles de la casa. Después puso a Rose en el cochecito y fue a buscar el bolso cambiador, una manta de conejos y varios peluches.

—Nicole, que nos vamos. Tardaremos una o dos horas—dijo por la escalera.

No oyó respuesta. La niñera había llegado el día antes desde Irlanda, pero aún no daba señales de vida, seguro que por el *jet lag*.

El centro de salud infantil estaba sobre una colina, a un corto paseo desde el aparcamiento, pero el cochecito todoterreno que había comprado Daniel la semana anterior pesaba demasiado para manejarlo, así que no tuvo más remedio que hacer una parada para respirar. Le dolía la cicatriz de la cesárea bajo los vaqueros. Era un día luminoso de junio, con un cielo tan azul que casi dolía mirarlo. Cerúleo, habría dicho Daniel, tan literato él.





Llegó al centro cuando ya había empezado la sesión. Odiaba llegar tarde, en general. Nerviosa, empujó la puerta con tal fuerza que la hizo chocar con la pared. Un grupo de mujeres se giró.

–Perdón –murmuró.

Les dio la espalda para intentar subir el cochecito de Rose por el escalón.

–Mierda.

Le pesaba mucho la puerta en la espalda, y el cochecito no se dejaba dominar. Soy licenciada en derecho, pensó, y ni siquiera puedo cruzar la puerta con un cochecito de bebé.

Apareció a su lado una mujer con el pelo de color miel.

–Espera, que te ayudo –se ofreció, mientras sujetaba la puerta.

–Gracias –contestó Ginie al meter el cochecito en la sala–. Es que aún no le he pillado el truco.

–Pesán, ¿eh? A mí el otro día se me quedó atascado en la caja del súper y tuvo que ayudarme un guardia de seguridad. Me dio una vergüenza... –La mujer le sonrió–. Por cierto, me llamo Cara.

–Ginie.

–¡Hola, hola! Pasa.

Frente al grupo había una mujer con gafas y el pelo plateado, que le hizo gestos a Ginie con un portapapeles. Debía de ser Pat, la locuaz comadrona que la había llamado varias semanas antes por teléfono para interesarse por el posparto. Ginie no había querido que fuera a verla a casa.

–Siéntate, Ginie –dijo mientras consultaba el portapapeles y ponía una marca al lado de su nombre–. Yo soy Pat. Llegas justo a tiempo para las presentaciones.

Había un semicírculo formado por una docena de sillas, más de la mitad vacías. Las de al lado de la puerta estaban casi todas ocupadas. Como si todas tuvieran ganas de huir, ironizó Ginie, sarcástica.

Cara volvió a su silla, en medio del semicírculo, y se asomó a un moisés para ver cómo estaba su bebé. Ginie condujo el cochecito hacia un sitio vacío al otro lado de donde estaba Pat,





esquivando capazos y bolsos cambiador. Se sentó al lado de una mujer de pelo negro ondulado y unos ojos de un verde impresionante, que intentaba tranquilizar a su bebé. Sonrió a Ginie con cara de agobio a la vez que intentaba encajarle un chupete en la boca al pequeño, cosa que solo sirvió para empeorar la rabietta del crío, que se retorció en el moisés con la cara muy roja.

–Shhh, Rory, shhh –lo consolaba ella.

Al intensificarse el llanto se levantó de la silla y empezó a pasear el cochecito por la sala.

–Bueno –dijo Pat–, ahora que habéis llegado todas vamos a empezar. Bienvenidas. –Sonrió–. Todas estáis aquí porque en las últimas seis semanas habéis tenido un hijo, y porque vivís en la zona de Freshwater o en la de Curl Curl. Empezaremos por conocernos. Quiero que nos digáis vuestro nombre y el del bebé, y que nos contéis algo sobre vuestra experiencia al dar a luz. Comenzaremos por delante.

Le hizo una señal con la cabeza a Ginie, que se removió en su asiento. Estaba acostumbrada a hablar en público por trabajo, pero aquello era diferente. Sintió un extraño nerviosismo.

–Bueno, a ver, me llamo Ginie –empezó–, y esta de aquí es Rose, que evidentemente está dormida.

Miró a Rose y se dio cuenta por primera vez de cuánto se parecía a Daniel. Tenían los mismos pómulos marcados y los mismos ojos intensamente azules. Después miró de nuevo a Pat. Ya no se acordaba de lo que tenía que decir.

–¿Quieres contarnos algo de tu experiencia al dar a luz? –le ayudó Pat.

–Ah, sí, perdona.

Dar a luz. No le había descrito la experiencia propiamente dicha a nadie. Prefería olvidarla.

–Pues... estuve quince horas de parto, y al final me hicieron la cesárea.

Pat asintió con la cabeza; era la viva imagen de la preocupación.

–¿Y cómo lo viviste?

Ginie se encogió de hombros.





—La verdad es que fue un alivio indescriptible. Me alegré de que hubiera salido.

Se oyó una risita.

—Muy bien. La siguiente.

Pat le hizo una señal con la cabeza a una rubia voluptuosa. Ginie se sentó, aliviada de no ser el centro de atención.

Cuando llegó Rose, a las treinta y seis semanas, Ginie no estaba preparada. Eran las siete y treinta y cinco de la mañana. Ginie conducía su BMW negro de dos puertas por el puente Spit, famoso por sus atascos en hora punta. A cualquier otra hora del día solo tardaba media hora en ir de su casa de Curl Curl al centro financiero de Sídney, pero aquella mañana, ya llevaba una hora detrás del volante. Estaba hablando con un cliente, inclinada hacia el altavoz del salpicadero. Se miró el regazo. Por debajo se había derramado un líquido claro y rojizo que se extendía por la tapicería de color crema. Al principio se lo quedó mirando como si no fuera con ella. Después abandonó su carril, se acercó al arcén, encendió las luces de emergencia, cortó la llamada de golpe y llamó a Daniel.

—Me pasa algo. He... he llenado el coche de sangre.

—Tranquila, Gin, respira —dijo él—. ¿Te ves capaz de ir en coche al hospital?

—¡Daniel, joder! ¿A ti qué te parece?

—Vale, vale, ahora llamo a una ambulancia. ¿Dónde estás, exactamente?

El equipo de la ambulancia determinó enseguida que ni ella ni el bebé corrían peligro.

—El bebé ha dado un par de patadas, lo cual es buena señal —informó uno de ellos.

—¿Y la sangre? —preguntó Ginie.

—Parece que ha empezado a sangrar la placenta —respondió el hombre—. Al final del embarazo es bastante normal. Pronto será mamá.





—Casi coincide con el Día de la Madre —comentó el otro—. Qué bien lo ha planeado, ¿eh?

Uy, sí, muy bien, pensó ella; por eso llego al hospital en ambulancia y recostada en una camilla con ropa de oficina.

—¿Qué, nos querías asustar? —bromeó el ginecólogo al conectar el cardiotocógrafo a su abultado abdomen—. Vamos a ver qué pasa aquí dentro.

La exploración confirmó que el bebé estaba perfectamente.

—Has tenido un sangrado de placenta —corroboró el médico—. Esperaremos doce horas a ver qué pasa. Lo siento, pero tendrás que quedarte aquí en el hospital.

Al menos Ginie se había traído el portátil.

Varias horas después sintió la primera contracción. Sin embargo, tras quince horas su cérvix solo había dilatado cinco centímetros. Estaba empapada de sudor, y exhausta. Daniel, a su lado, le ofrecía agua, una toallita húmeda, protector labial... ¿Y qué narices pretendes que haga? —tenía ganas de gritarle Ginie—. ¿Metértelo en el culo? Lo que hizo fue ignorarlo y dar vueltas por la habitación, y apretar un cojín en los peores momentos de las contracciones.

Se arrepentía de no haber optado por una cesárea voluntaria. Con treinta y nueve años y un seguro privado podría haberlo exigido, pero en parte quería *conquistar* el parto, y salir victoriosa como había salido de todos los retos de su vida. La cesárea electiva parecía una manera de escurrir el bulto, y Ginie no era de las que se rendían fácilmente.

—Ginie...

Era una voz lejana. Levantó la cabeza del cojín y vio que era el ginecólogo quien la hablaba.

—El bebé presenta señales de estrés. Voy a aconsejar cesárea.

—Vale.

A esas alturas ya le daba igual. Cerró los ojos con fuerza al sentir otra angustiosa contracción.

La operación fue una bruma de anestesia y sensaciones desconcertantes. Estuvo consciente de principio a fin, con Daniel





a su lado, acariciándole el pelo. Sobre su abdomen, dos ginecólogos hablaban entre ellos como pilotos durante el aterrizaje de un Jumbo.

–Yo iría por aquí. Menos vascular –dijo uno.

–¿Sí? –contestó el otro–. Yo prefiero una ruta que afecte menos la musculatura.

De repente Ginie tuvo náuseas.

–Me parece que me voy a morir –musitó.

El anestésista, un cincuentón impasible, se inclinó hacia ella.

–Solo te está bajando la presión –informó con bastante amabilidad–. Ahora mismo lo arreglo.

Inyectó un líquido claro en el gotero. Ginie se sintió mejor casi enseguida.

Aferrada a la mano de Daniel, le rogó que hablara con ella para no oír los comentarios asépticos de los ginecólogos.

De repente notó unos estirones vigorosos, como si le estuvieran desgarrando las entrañas.

Ya no lo aguantaba más.

–Daniel, me...

–Aquí está –anunció uno de los ginecólogos.

Por el límite inferior de su campo visual apareció un bebé ensangrentado que ni siquiera lloraba. Era niña. Una niña perfecta.

La llevaron a la habitación con muchos dolores. La herida –una incisión en piel y músculo– se hacía sentir al menor movimiento. Los calmantes que le habían administrado no parecían muy eficaces. Observó con interés que las cortinas empezaban a ondular sin que las moviera nadie, inflándose ante la ventana cerrada. Sabía que era una alucinación narcótica, pero el dolor seguía empeorando.

Intentó explicárselo a las tres de la mañana a una comadrona de aspecto displicente.

–Pues más calmantes no te tocan –fue su severa respuesta–. Una operación, que es lo que es la cesárea, duele. Los partos naturales tratan mucho mejor al cuerpo. El dolor es muy subjetivo, cariño.





Y se fue, atareada.

Ginie no tenía fuerzas para discutir, así que se recostó en la almohada, vencida. Rose estaba en la sala de neonatos. La traerían las comadronas cuando se despertara. Ginie se moría de ganas de volver a tenerla entre sus brazos, de hundir la nariz en sus blandos pliegues de carne, pero ni siquiera podía bajar de la cama. El murmullo de la sala de neonatos se oía desde el otro lado del pasillo. Cada vez que se abría la puerta, los bebés parecían gatos maullando en un callejón.

Seis horas después le temblaban los brazos y las piernas debajo de la sábana, sin poder controlarlos. La herida dolía una barbaridad, y supuraba por el parche de gasa fijado a su pelvis con esparadrapo. Sus pezones estaban irritados a causa de varias tentativas infructuosas de que Rose se le enganchara al pecho. Para que hablen tanto de lo natural, pensó mientras una comadrona se los palpaba como una granjera ordeñando una vaca. A pesar de sus esfuerzos no había sucedido gran cosa. Del pezón derecho había brotado una sustancia acuosa que la comadrona había intentado capturar con una jeringuilla.

—Hola —dijo una voz alegre—. ¿Cómo va la mañana?

A aquella enfermera nunca la había visto. Era una joven pelirroja, que se acercó con paso resuelto a la ventana y descubrió las cortinas. El sol dolía en los ojos.

La enfermera se giró hacia ella.

—Estás temblando. ¿Te encuentras bien?

A Ginie se le saltaron las lágrimas sin previo aviso.

—¿Cómo van los dolores? —preguntó la enfermera.

La voz de Ginie se quebró.

—Llevo toda la noche diciéndoles a las imbéciles de tus compañeras que me duele mucho, pero les interesa más que me salga la leche. Del dolor pasan como de la mierda.

La enfermera puso cara de sorpresa. Ginie se avergonzó enseguida y se puso a llorar.

—Lo siento.





—Ahora mismo lo arreglamos —dijo la enfermera. Le acarició la mano—. Pobre, no te debería doler tanto. Voy a llamar al anestesista para que te recete algo más fuerte.

Su amabilidad redobló el llanto de Ginie, que se tapó la cara con las manos y sollozó entre convulsiones.

—Tranquila, se te pasará —dijo la enfermera, dándole un pañuelo de papel—. Cuando ya no te duela lo verás todo mucho mejor.

Ginie lo dudaba.

—**H**ola a todas. Me llamo Suzie.

Ginie dio un respingo. La rubia voluptuosa se puso un mechón de tirabuzones detrás de las orejas. Sus ojos, de color azul claro, saltaban nerviosos al mirar la sala. Ginie calculó que no tendría mucho más de veinticinco años.

Suzie lanzó una mirada al cochecito aparcado a su lado. El bebé hacía ruido de chupar.

—Creo que Freya tiene hambre —dijo con tono de disculpa.

Se abrió los primeros botones de la chaqueta de punto beis y se llevó el bebé al pecho.

Ginie apartó la vista, un poco incómoda. Consideró por un momento si, de haber insistido con la lactancia materna, su pecho habría presentado aquel aspecto. No lo había hecho. Tras cinco días infructuosos de compresas calientes y sacaleches en el hospital, se fue a casa con un bote de leche en polvo y un biberón de plástico. «Hacía años que no veía a nadie con tan poca leche», había dicho una de las enfermeras.

Ginie se quedó abatida. En todas partes pregonaban las ventajas de la leche materna: su ginecólogo, su madre..., hasta Daniel era partidario de ella, y Ginie supuso que vendría como algo natural. Nadie tuvo en cuenta la posibilidad de que no pudiera dar de mamar, y aún la habían preparado menos para la terrible sensación de culpa de no poder hacerlo. Al ver la naturalidad con la que Suzie daba el pecho a su bebé, se sintió





culpable de haber privado a Rose de la mejor manera de empezar a vivir.

Costaba discernir si era niña o niño. Era un bebé regordete y rosado, con una mata de pelo casi blanco en la coronilla.

Suzie carraspeó.

—Mi hija se llama Freya —empezó a explicar—. Por la diosa escandinava del amor.

Ay, Dios mío, pensó Ginie. *Flower power* a tope.

—Mi pareja es de ascendencia sueca —continuó Suzie—. Bueno, mejor dicho, mi expareja. Nos separamos al séptimo mes de embarazo, así que mi experiencia al dar a luz... —De repente se le pusieron llorosos los ojos azules—. Bueno, en el hospital me tocó una comadrona súper cariñosa, pero...

Se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza sin poder seguir.

Nadie se movió. Ginie miró a Pat deseando que interviniera, pero Pat se quedó con la cabeza ladeada y una expresión contemplativa en los ojos.

Al final habló alguien.

—Debió de ser duro.

Ginie se giró hacia la voz. Era Cara, la que le había ayudado con la puerta.

—¿Te importa si sigo yo? —le preguntó a Suzie, que negó con la cabeza, claramente aliviada.

—Me llamo Cara —continuó la otra mujer—, y esta es Astrid.

Se agachó hacia el cochecito, echándose encima del hombro una gruesa coleta. Era una mujer con un atractivo discreto, con curvas y unos ojos marrones llenos de vida. Su alegría era contagiosa.

Sonrió de oreja a oreja al levantar a un bebé rechoncho, entre rubio y pelirrojo. Papá debe de ser pelirrojo, pensó Ginie.

—Astrid nació diez días después de salir de cuentas, y por eso tenía un poco de prisa. —Se la puso en el hueco del brazo y le acarició el pelo—. La primera contracción la tuve a las seis, y dos horas después ya había nacido. Otra suerte fue que no me dolió mucho. Supongo que me esperaba lo peor.

Pat dio una palmada.





—Fantástico. ¿A alguien más le sorprendió agradablemente la experiencia de dar a luz?

—A mí.

Era la mujer a cuyo lado se había sentado Ginie, y que había estado empujando el cochecito sin parar por toda la sala.

—Me llamo Miranda. —Señaló una gasa que tapaba el cochecito—. Este es Rory. Me parece que aún no puedo parar de pasearlo. —Se asomó por la tela. Ginie vislumbró algo de pelo oscuro—. Bueno, al menos ha cerrado los ojos.

Miranda se llevó a la boca una botella de agua y bebió varios tragos. Ginie admiró su perfil: era alta, esbelta, sin ningún rastro de sobrepeso posparto. Sus ojos verdes destacaban la piel traslúcida, sembrada de atractivas pecas. Su melena caía en ondas negras sobre unas orejas un poco puntiagudas que le daban cierto aspecto de duende. Supuso que tendría poco más de treinta años. Llevaba en el dedo anular un brillante considerable que reflejó la luz mientras volvía a enroscar el tapón de la botella de agua.

—¿Qué nos cuentas de tu experiencia al dar a luz, Miranda? —preguntó Pat.

—Pues que pensaba que sería horrible. —Miranda se encogió de hombros—. Pero me gustó bastante.

A Ginie le extrañó que alguien pudiera asociar el parto al verbo «gustar».

—Claro que antes había hecho mucho yoga prenatal y ejercicios de respiración —añadió Miranda—. Debieron de ayudarme a moverme durante las contracciones.

Mírala ella, qué perfecta, pensó Ginie.

Pat se iluminó como un árbol de Navidad.

—Supongo que también te habrán ayudado a recuperarte.

Miranda sacudió la cabeza.

—Ahora ya no tengo mucho tiempo para el yoga. Tengo en casa otro niño de tres años, del primer matrimonio de mi marido.

Ginie levantó una ceja. Quizá no fuera tan perfecta.

—Pero algo descansarás cuando lo tiene su madre, ¿no? —preguntó Pat esperanzada.





—No —contestó Miranda—. La madre de Digby murió cuando él tenía seis meses.

Dios santo, pensó Ginie con bastante sentimiento de culpa.

—Ah... —Pat sonó desanimada, pero se recuperó—. Bueno, pues uno de los temas de las próximas semanas será «encontrar tiempo para una misma». Cuando hay un hermano mayor al que cuidar, es doblemente importante programarse tiempo a solas.

Miranda no parecía muy convencida.

Pat miró al resto del grupo.

—Bueno, a ver... ¿Quién falta?

Levantó la mano una mujer pálida y seria.

—Me llamo Pippa.

Tenía el pelo castaño claro, grasiento, recogido en un moño en la coronilla. Era una mujer muy menuda, con un temblor infantil en su voz aguda, aunque las finas arrugas de sus ojos parecían indicar más de treinta años. Vestía de modo anodino, con un jersey gris de alto cuello, amorfo, y una falda tobillera negra.

—La que duerme es Heidi. —Señaló con la cabeza un cochecito enorme, envuelto por una red negra para combatir el viento que impedía ver al bebé—. Mi experiencia al dar a luz no fue agradable.

Ginie se inclinó, porque no la oía bien.

—¿Te apetece explicarnos algo? —preguntó Pat.

—La verdad es que no.

Pat titubeó. Se notaba que no estaba acostumbrada a respuestas tan directas.

—Vale, vale —repuso efusivamente—. Tienes todo el derecho.

Pippa cambió de postura y se alisó la falda en las rodillas sin reflejar ninguna emoción en sus ojos castaños.

—Y ahora... los últimos serán los primeros. —Pat consultó el portapapeles—. ¿Made... y el pequeño Wayne?

Levantó la mano una mujer asiática, tan pequeña que casi parecía una muñeca. Tenía la cara en forma de corazón, y unos ojos marrones que irradiaban calidez. Se echó hacia atrás la lustrosa media melena negra con unos dedos largos y elegantes.





Después sonrió a las demás con timidez, ofreciendo el contraste de sus dientes blancos con su piel de color caramelo. Casi parecía demasiado joven para ser madre.

—Mi llamo Made. —Pat había pronunciado «Meid», pero ella lo dijo como «Madei»—. Y este pequeño bebé Wayan.

El bebé gorjeó por debajo de un *sarong* de colores que tapaba el cochecito. Made sacó una criatura de color *toffee* y abundante pelo negro, que levantó para mostrársela al grupo.

—Mi primero hijo —dijo orgullosa.

Ginie se aguantó un grito. La boca abierta del bebé estaba desfigurada por algún tipo de excrecencia bulbosa que, adherida a su labio, se extendía hacia la nariz.

Paseó una mirada por la sala. Las otras ponían cara de palo. Made acariciaba con la boca la oreja de su hijo, sin fijarse en nada.

La primera en hablar fue Pat.

—¿Te... te apetece contarnos algo sobre la experiencia de dar a luz, Made?

Made se quedó un momento pensativa.

—Duele mucho —dijo—. Pero es... bebé sano. Se agradecía.

Ginie sonrió. El inglés de Made era rudimentario, pero el sentido estaba claro.

—Muy bien, muy bien —observó Pat. Hojeó sus apuntes—. Ahora que nos hemos presentado, vamos a hablar un poco de cómo funciona el grupo. Mi papel es ayudaros en el maravilloso viaje de la maternidad, porque ser mamá es el trabajo más importante del mundo.

Ginie miró su reloj.

—Hoy hablaremos del sueño, algo que interesa a todas las madres primerizas. —Pat rio entre dientes—. Dormir es importantísimo para el crecimiento y el desarrollo del bebé.

Su tono había adquirido una estudiada cantinela. Ginie se preguntó cuántas veces había soltado el mismo rollo a un grupo de nuevas madres.

La sesión se alargó media hora más. Ginie dedicó gran parte del tiempo a leer mensajes de trabajo en su iPhone, escondida





detrás del bolso cambiador que tenía sobre las rodillas. Oficialmente había pactado tres meses de baja maternal, pero como única especialista de la empresa en fondos de capital riesgo no podía fiarse de que Trevor, un colega de inversiones privadas, gestionara bien su cartera. Cada cierto tiempo consultaba su correo electrónico, y a menudo le mandaba a Trevor instrucciones de dos líneas que no solían recibir respuesta. Sus colegas parecían reacios a, como decían ellos, «molestarla» tan poco tiempo después del nacimiento. Nunca se había sentido tan desconectada de su vida laboral.

—Ah, chicas, una cosa más —dijo Pat, girándose hacia la pizarra—. Nos reuniremos una vez por semana hasta finales de julio, y luego, hasta noviembre, una vez al mes. Para entonces ya seréis expertas.

Anotó pulcramente las fechas en la pizarra. Ginie pensó que hasta su letra era irritante, tan ondulada y femenina. En vez de puntos sobre las íes y las jotas dibujaba pequeños corazones.

—Cuando se cumplan más o menos cuatro meses haremos una sesión especial de «padres y parejas». —Pat hizo un círculo alrededor de la fecha para darle más énfasis—. Es importante que participen los papás.

Sonó la campanilla de la puerta. Pat se giró con expresión cortante.

—Aún no son las once. —Fulminó con la mirada al hombre de la puerta, delgado y con el pelo blanco—. Estamos haciendo una reunión de madres. ¿No ha visto el cartel?

Él se mostró arrepentido.

—Espero fuera.

Made se levantó.

—Me voy —dijo—. Marido mío. Gracias, Pat.

Empujó el cochecito de Wayan hacia la salida. Cara, la que estaba más cerca, se levantó y le sujetó la puerta.

¿Marido? Ginie se quedó mirando al hombre tras la puerta. Debe de pasar de los cincuenta, pensó. ¿Se habrán casado por poderes?

